Miercoles, 16 de Setiembre

Saber Político y Maquiavelo

por Enrique Ghersi

La figura de Maquiavelo es una de las más evocadas por los políticos y la opinión occidentales. Es común referirse a ella como un paradigma de la falta de escrúpulos o como resumen de todas las degeneraciones de la función pública. Inclusive su nombre es usado para calificar de inmorales algunos actos. Lo cierto es que la vida y la obra del secretario florentino son demasiado importantes como para pasar inadvertidas.

En un principio, la iglesia le impuso el "Imprimatur" a su libro El Príncipe; luego, también, a los Discursos. Pero, durante los años de la Contrarreforma, los jesuitas quemaron su efigie en la ciudad de Ingolsdat, acusándolo de "agente del demonio y hugonote". Lo paradójico es que el lema jesuita de "el que quiere los fines quiere los medios", nos recuerda el bien conocido aforisma de Maquiavelo. Comienza así un progresivo deterioro de su figura hasta que el furor nacionalista, de fines del siglo pasado, exalta sus concepciones de manera generalmente injustificada.

La doctrina maquiavélica es, en realidad, orgánica y no se agota en algunas fórmulas comúnmente repetidas. Parte de una concepción de la naturaleza que la considera como inestable, en permanente mudanza y confusión. El ser era entendido como un constante devenir. Estos planteamientos fundamentan toda su posterior argumentación.

Maquiavelo señala que las sociedades, que las cosas políticas, se encuentran en un estado de movimiento permanente, reflejo de la característica esencial de la naturaleza. En tal sentido, para hablar de la política hay que hablar de la inestabilidad principalmente. La vida política tiene —al decir del secretario de los Médicis— dos elementos, que son el libre albedrío del hombre y la fortuna. Estos estarían en juego permanente de acciones y reacciones, de manera que las sociedades se someten a terribles desequilibrios. Los gobiernos son reemplazados, no hay ley ni estabilidad válidas, banderías e intereses se apoderan de la administración nacional. Maquiavelo busca conseguir que sea el albedrío humano el que triunfe sobre la fortuna.

El mando, contenido social de la política según Maquiavelo, debe ser enfrentado a través de aquellos principios. Toda una metodología para el mando es planteada en las páginas de "El Príncipe". Sobre mandar es saber usar, y para saber usar hay que conocer la historia, en esta forma podríamos sintetizarla. El secretario florentino era un convencido de la importancia del conocimiento histórico para el buen gobernante.

Es en aquella dimensión —la de la sabiduría política, sus elementos y el conocimiento histórico— que podemos inscribir el muchas veces citado aforismo maquiavélico del fin que justifica a los medios; debiendo añadir, siempre y cuando el fin se consiga. Sólo así tiene sentido completo dentro de la doctrina del secretario florentino.

Confirmado el mando por el buen uso de los acontecimientos y las situaciones, esto es, conseguidos los fines y justificados los medios, el gobernante debe ordenar su administración a la razón de Estado. El Estado maquiavélico es un producto ultrarracional que ordena el movimiento de la cosa política. El Estado es lo permanente, donde el movimiento perpetuo se encuentra sometido a la razón y a la volutad de los hombres y donde la fortuna da paso al albedrío.

El autor de El Príncipe formula, de este modo, una doctrina general de la ciencia política, del gobierno y de la sociedad que pretende someter a la razón todas las alternativas y posibilidades de la realidad. Sin embargo, olvidó contrastar sus proposiciones con los hechos, en forma tal que lo que él pretendía como verdad no resultaba más que opinión. La verdad —como escribe Francisco Javier Conde— se vengó de él haciéndolo a su vez juguete perpetuo de la opinión de los hombres.